

A Hernández se le ocurrió entonces intentar suplir su ausencia cuando el Rey recibiera su obra. Pretendía ofrecerle una presentación minuciosa de cómo estaba organizada para que no se malinterpretase: "...en las descripciones se toca con la brevedad que conviene la forma de la raíz, ramas, hojas, flores, y simiente o fruto, la cualidad y grado de ella, sabor y olor y virtud según la relación de los indios médicos, medido con la experiencia y reglas de la medicina, y la región y partes donde se crían y aun algunas veces el tiempo en que se cogen, cantidad que se aplica y la manera de cultivarlas". Con el fin de orientar en ese laberinto de plantas completamente nuevas, a las que había tenido que dar nombre, confeccionó un índice, el "*Index alphabeticus plantarum Novae Hispaniae*", en el que explica la nueva clasificación que había tenido que crear.

Pero está inquieto, pierde todo interés por seguir indagando acerca de nuevos remedios y teme tanto lo que pueda pasar con su obra que su único deseo es estar junto a ella para explicarla y protegerla contra posibles detractores y sobre todo, de probables oportunistas, capaces de apropiarse de sus descubrimientos. Sólo aspira a conseguir permiso real para regresar: "A V.M. suplico humildemente sea servido mandar se me dé licencia para irme con la primera flota que viniere de España, pues ya se ha hecho aquí lo posible y yo no tengo salud para ir a otra parte de las Indias y mi ida a España importa tanto para el aprovechamiento de lo que se ha escrito". En tono desesperado solicita provisión de fondos porque carece de lo imprescindible para afrontar el viaje: "...y se me mande alguna ayuda de costa con que pueda irme y aprestar mi partida".

Es posible que algo se hubiera tranquilizado de saber que la flota del General Diego Maldonado había desembarcado en Sevilla en marzo de 1576, sin sufrir ningún incidente. Los dieciséis libros que constituían su "*Historia Plantarum Novae Hispaniae*", llegaron intactos en dos grandes cajas de madera cerradas con llave. Felipe II, que aguardaba con impaciencia el momento de tenerlos en su poder, dio instrucciones precisas para el traslado de tan valiosos objetos: "...con muy buen recaudo y de manera que allá no se abran las cajas en manera alguna, ni que en el camino se puedan desclavar".

Los libros fueron recibidos en El Escorial con expectación, por el rey, Arias Montano (a la sazón librero mayor de la recién creada biblioteca del Monasterio) y un grupo de cortesanos, naturalistas y médicos. Podemos imaginar la estupefacción de todos ellos ante los bellos dibujos de plantas y animales nunca vistos, que más parecían fruto de la fantasía de algún artista que de un estudio fiel y metucioso de la realidad. No cabe la menor duda que a Felipe II, algunos de los extraños animales representados, le recordarían más las tablas de su admirado El Bosco, que un tratado de ciencia.

La versión enviada contaba con un total de ochocientas noventa y tres páginas de texto y dos mil setenta y tres dedicadas a pinturas, la mayoría de plantas. El hecho de tratarse de plantas completamente desconocidas hasta entonces supuso que Hernández las ordenara alfabéticamente a partir de la raíz principal de su nombre en nahuatl. Esto tendría consecuencias nefastas para la obra. Ansioso por catalogarlo todo, no las agrupa en epígrafes terapéuticos, como el Rey le había encargado, sino botánicos, según él mismo explica: "No es nuestro propósito dar cuenta sólo de los medicamentos sino reunir la flora y componer la historia de las cosas naturales del Nuevo Mundo poniendo ante los ojos de nuestros coterráneos y principalmente nuestro señor Felipe todo lo que se produce en esta Nueva España".

Los libros causaron admiración incluso por la novedad y riqueza de sus cubiertas: "Hay en esta librería una curiosidad de gran estima... (tomos) encuadrados her-



mosamente, fuera de lo que en esta librería es usado, cubiertos y labrados en oro sobre cuero azul, manezuelas, cantoneras y bullones de plata muy gruesos y de excelente labor" (Fray José de Sigüenza, sucesor de Montano al frente de la biblioteca escurialense). El rey quedó tan favorablemente impresionado que

no permitió colocar los libros en la biblioteca, sino que los hizo depositar en su guardajoyas para poder mostrarlos a cuantas personas de calidad llegasen al Escorial. Además, utilizó algunos de los dibujos realizados sobre tablas para decorar sus aposentos.

Mientras, a Hernández, que nada sabía aún del destino de su obra, la espera se le hacía insoportable y volvía a suplicar al Rey el ansiado permiso para regresar, aduciendo, incansable, sus razones: "Ansí por estar lo natural desta tierra por lo mayor y mejor parte escrito, como por mi edad y poca salud... y la gran necesidad que hay de mí en esa tierra, así para la impresión sin la cual se perdería todo".

A Hernández, más que su propia muerte física, le preocupaba el olvido en el que podía caer su obra si fallecía antes de encauzar su publicación. Además, quería contentar al Rey porque sabía que no había cumplido exactamente su mandato: "Pienso así mismo llevar cuando me vaya la Historia de las Plantas de Nueva España traducida al indio para el contento de los naturales y en español para el contento de los que gustaren de leerla así más que en latín, y también algunas cosas plantadas y muchas medicinas simples y compuestas desta tierra para que comience V.M. a gozar de estos trabajos".

Finalmente, Felipe II, satisfecho con los libros recibidos, en carta salida del Escorial el 22 de junio de 1576, le otorgó el ansiado permiso de retorno, así como la provisión de fondos que Hernández le había solicitado con tanta insistencia y apremio.